ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

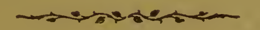
EN CINCO MINUTOS

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ARREGLADO POR

L. VALDÉS Y A. GALLARDO.



MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA.
1887.

AUMENTO Á LA ADICIÓN GENERAL DEL CATALOGO DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
3	5	La vuelta del veraneo.-j. o. p.	1	D. Mariano Barranco......	Todo.
2	2	De sopetón.—j. o. p.........	1	Ricardo Revenga.......	»
»	»	El vecino de ahí al lado......	1	Constantino Gil.........	»

ZARZUELAS.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
»	»	Tiple en puerta.............	1	Sres. Pina y Rubio.........	L. y M.
»	»	Venir por lana..............	1	Isidoro Hernández......	M.

EN CINCO MINUTOS.

EN CINCO MINUTOS

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ARREGLADO POR

L. VALDÉS Y A. GALLARDO.

Se estrenó en el Teatro de LARA, la noche del 10 de Noviembre de 1887.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1887.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA PETRA, madre de........	Sra. Dominguez.
JACINTA......................	Srtas. Blanco.
SEBASTIANA, criada...........	Cruz.
ANACLETO, esposo de D.ª Petra..	Sres. Riquelme.
ENRIQUE, sobrino de..........	Rubio.
EL CONDE....................	Diaz.

La escena en Madrid.—Época actual.

NOTA.

El asunto de este juguete, está tomado de la comedia de *Jules Gastyne*, titulada *La premiére visite.*

ACTO ÚNICO.

Sala rica y elegantemente amueblada. Puerta en el foro, que es la principal, y otras laterales. Un velador grande en el centro de la escena con libros, periódicos y un timbre. Butacas y sillas.

ESCENA PRIMERA.

D. ANACLETO con traje de calle anticuado en su forma. Lleva pendiente de los hombros unos gemelos de campo con su funda de cuero. Aparece sentado junto al velador con el sombrero puesto y un plano de Madrid en las manos.

ANAC. Hace ocho días que llegué á Madrid con mi mujer y mi hija, y ya estoy hecho todo un cortesano. Vivo en una magnífica habitación, gracias á la generosidad de mi amigo Antonio, que teniendo que ausentarse con su familia, me ha cedido el cuarto y los criados por dos meses. Mi casa de Cazorla, aunque la mejor del pueblo, no está amueblada con el lujo que esta. Muchas novedades ofrece Madrid, y es preciso verlo todo para tener que contar á mis paisanos cuando demos la vuelta. Hoy es domingo... Iremos al Museo de Pinturas y á la Casa de Fieras. Á mi mujer le gustan mu-

cho los monos. (Mirando al plano.) Esta invención de los planos es maravillosa, porque le enseña á uno por dónde debe ir, sin tener que preguntar, como hacen los forasteros. Estamos enfrente de Palacio, y hay que recorrer la calle de Cárlos tercero, Plaza de Isabel Segunda, calle del Arenal, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo y el Prado. Perfectamente. Ya estoy al cabo de la calle, es decir, al cabo de las calles: y cuando le refiera al cochero el camino que debe seguir para llevarnos al Museo de Pinturas, no imaginará que soy forastero y que he venido por primera vez á Madrid. Pero ¿qué hacen esas mujeres? (Toca el timbre.) Esta es otra gran invención. En el pueblo tenemos que llamar á gritos; mas cuando vuelva á Cazorla, he de poner campanillas hasta en el gallinero.

ESCENA II.

ANACLETO y SEBASTIANA.

SEBAST. ¿Llamaba usted?

ANAC. Acércate. ¿Has visto alguna vez la Casa de Fieras?

SEBAST. ¡Vaya! Sí, señor.

ANAC. Pues aquí la tienes.

SEBAST. (Se aproxima para mirar el plano.) ¿Dónde están los osos?

ANAC. Aquí dentro de este cuadradito.

SEBAST. (Mirando más cerca.) No los veo.

ANAC. (Acariciando con una mano la cara de Sebastiana.) ¿Cómo los has de ver, tontuela, si este es un plano donde sólo se dibuja el sitio de las calles y las casas?

SEBAST. Estése usted quieto. ¿Se usa en su pueblo que los amos tomen la cara á las criadas?

ANAC. Eso se usa en todas partes cuando las criadas son bonitas como tú. ¿No lo ha hecho contigo mi amigo don Antonio?

SEBAST. Sí, señor, pero como es tan sordo, no me hace caso, aun cuando le amenace con decírselo á la señora.

ANAC. Pues figúrate que yo soy también sordo.

SEBAST. ¡Ea! Déjeme usted en paz, y dígame para qué me ha llamado.

ANAC. Para preguntarte por mi mujer y mi hija.

SEBAST. Se están acabando de vestir.

ANAC. Mucho tardan. No vamos á tener tiempo. Ya son.... (*Va á mirar el reloj y se encuentra con que no le tiene.*) ¡Diablo! ¡Me han robado el reloj! Yo salí con él esta mañana.

SEBAST. Si se paró usted á ver algún escaparate, nada tiene de particular.

ANAC. Me paré delante de varios.

SEBAST. Raro es el lugareño que viene á Madrid sin que le quiten algo cuando se emboba mirando las tiendas.

ANAC. (Más que la pérdida del reloj siento que me tengan por lugareño. Es preciso que nadie sepa lo que me ha sucedido.)

SEBAST. Pues cuente usted su reloj con los muertos.

ANAC. ¡Qué cabeza tengo! Ahora recuerdo que lo he dejado á componer en la calle de Sevilla porque se adelantaba mucho.

SEBAST. Más vale así.

ANAC. Sebastiana: hazme el favor de decir á mi mujer y á mi hija que las estoy esperando hace más de una hora. ¡Qué pesadas son!

SEBAST. Mi ama y mi señorita también tardan mucho siempre que se visten.

ANAC. Perdona que te moleste; pero cuando tu amo y mi amigo don Antonio me cedió esta habitación durante su ausencia de Madrid, me dijo que podía servirme de sus criados.

SEBAST. ¡Ya lo sé! Mande usted lo que guste.

ANAC. ¡Ah! Mira: si viene alguno en busca de mi amigo don Antonio, yo le recibiré, pues deseo relacionarme con la buena sociedad.

SEBAST. Tenga usted reuniones una noche á la semana como hacen mis amos.

ANAC. Para tener reuniones necesitaría conocer á muchas personas, y no conozco á nadie.

SEBAST. Convide usted á los amigos de mi amo. El criado sabe sus nombres y dónde viven.

ANAC. ¿Crees tú que vendrían?

SEBAST. Si hay música para que bailen y les dá usted refrescos, dulces, fiambres, vinos y licores, no faltará ninguno.

ANAC. ¿Cuánto costará eso?

SEBAST. Unos cien... duros cada noche.

ANAC. ¡Ave María Purísima! ¡Cerca de diez mil reales al mes! Poco más tengo yo de renta. Los convidaré, pero que se diviertan en seco.

SEBAST. Entonces ninguno aceptará el convite.

ANAC. Mejor. Antes de que se regalen el hocico, prefiero no tratarlos.

SEBAST. Aquí vienen las señoras.

ESCENA III.

DICHOS, DOÑA PETRA y JACINTA vestidas de calle y á la moda, pero con ridícula exageración.

JACINTA. Ya estamos listas, papá.

ANAC. ¡Gracias á Dios!

PETRA. No hemos tardado mucho.

ANAC. ¡Una friolera! Empezásteis á las doce y son... (Va á mirar su reloj.)

PETRA. ¿Has perdido el reloj?

ANAC. No; lo he dejado á componer en la calle de Sevilla porque se atrasaba mucho.

JACINTA. Mamá: con este flequillo que me cae sobre los ojos, y con el sombrero tan echado hacia adelante, no veo.

PETRA. Es la moda. Ya te irás acostumbrando.

ANAC. ¡Maldita moda! Aunque soy viejo, no he visto nada más ridículo.

PETRA. Á tí te parece ridículo todo lo que es elegante, y por eso vas hecho un facha.

ANAC. ¿Yo? Si os viesen en el pueblo con esa joroba de camello, os tirarían piedras.

PETRA. ¡Anacleto, no me saques de mis casillas!

JACINTA. Papá: esto se llama el polisón.

ANAC. Llámese como se llame, es una extravagancia.

PETRA. ¿Qué llevas ahí colgado?

ANAC. Unos anteojos de campaña que acabo de comprar y de que siempre van provistos los... ¿cómo me dijo el tendero que se llaman?... Los... los *turistas*.

PETRA. ¿Y para qué necesitas tú esa tontería?

ANAC. Para ver á larga distancia. Hoy vamos á la Casa de Fieras, y las fieras se deben mirar desde lejos.

PETRA. Entonces me servirán para mirarte.

ANAC. Tú sí que me pareces un basilisco á pesar del moño y del polisón.

PETRA. ¡Anacleto!... Tengamos la fiesta en paz.

ANAC. Contigo no es posible tenerla.

JACINTA. Vamos, papá, que se hace tarde.

ANAC. Vamos, hija. Sebastiana, si viene alguien, que espere. Tomaré un coche en la plaza de Isabel Segunda, y tardaremos poco.

SEBAST. Pues no se detengan ustedes, que los días de toros es difícil encontrar carruajes.

PETRA. Hasta luego.

SEBAST. Vayan ustedes con Dios.

ESCENA IV.

SEBASTIANA.

SEBAST. ¡Vayan ustedes con mil demonios! La única temporada que los criados tenemos libre, nos la roban estos palurdos, ocupando la habitación durante la ausencia de los señores. Hoy nos hubiéramos ido mi compañero Evaristo y yo, como otras veces, á comer un arroz en el puente de Vallecas, dejando la casa sola; pero no hay tu tía. (Suena dentro una campanilla.) ¿Llaman? Evaristo abrirá.

ESCENA V.

DICHA y ENRIQUE.

ENRIQ. (Desde la puerta y como hablando con alguno.) Diga usted á los señores que desea verlos un sobrino del señor Conde del Picacho de Veleta.

SEBAST. ¿Á quién busca usted?

ENRIQ. Á los señores.

SEBAST. Acaban de salir; pero no tardarán en volver.

ENRIQ. Entonces, esperaré.

SEBAST. Ahí tiene usted periódicos con que distraerse. Con permiso de usted. (Vase.)

ESCENA VI.

ENRIQUE.

ENRIQ. ¡Vaya si esperaré! Aunque tuviera que esperar tres días seguidos. Algún trabajillo me cuesta dar este paso; pero es mi única salvación, y estoy decidido. Las hijas de Eva me han arruinado, y ayer fuí á pedirle dinero á mi tío que acaba de llegar de París; mas sólo conseguí que me diese este consejo: «Haz una visita en mi nombre á mi amigo don Antonio Puertacerrada, que tiene una hija preciosa y con gran dote. El padre te recibirá con agrado, porque es vanidoso y sabe que tú has de heredar un título; y si te gusta la niña, yo pediré su mano para tí.» Vamos, á lo menos se consulta mi parecer. Verdad es que si la muchacha tiene buen dote, poco importa que no me agrade. Como no conozco al señor Puertacerrada ni á su familia, y me sería muy difícil sostener la conversación, mi tío me ha dado instrucciones importantísimas que anoté en mi cartera. (La saca y lee en ella de cuando en cuando para recordar.) Don Antonio es un coronel retirado y de mal carácter, que hizo la guerra de África y gusta mucho

de que le celebren sus hazañas; está sordo como una tapia; pero no quiere parecerlo, y si se le habla á gritos, se ofende. Su esposa doña Felicia es una tiple jubilada que alcanzó grandes triunfos artísticos, sobre todo, estrenando la *Traviatta* en el teatro de Santander, y que aun recuerda con entusiasmo las coronas y flores que le arrojaron á la escena. La hija presume de ser gran ginete, y pasea todas las tardes á caballo por la Castellana en compañía de su padre; tira con pistola de salón y sabe guiar un carruaje. (Guarda la cartera.) Pues señor, con estas noticias podré ganarme las simpatías de los padres y de la hija.

ESCENA VII.

ENRIQUE y SEBASTIANA.

SEBAST. Ya vienen. No encontraron coche y se vuelven. ¡Qué brutos! ¿Á quién no se le ocurre apalabrar un carruaje, siendo día de toros?

ENRIQ. Observo que hablas de los señores con poco respeto.

SEBAST. La costumbre. Como mi amo es tan sordo, digo siempre lo que siento. ¿Á quién anuncio?

ENRIQ. Traigo una visita para los señores. Ya se lo dije al criado.

SEBAST. Avisaré que está usted aquí. (Vase.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, á poco D. ANACLETO.

ENRIQ. Pues, señor, van á empezar las operaciones, y como por la peana se besa al santo, procuraré conquistarme la voluntad paterna. (D. Anacleto sale dando muestras de venir muy disgustado; se contiene al ver á Enrique; éste le habla bajito y va levantando la voz cuando imagina que no le entiende. D. Anacleto principia expresándose en tono natural; pero

sube la entonación, creyendo no ser oído, y ambos llegan á explicarse gritando.)

ANAC. (Para sí, sin ver á Enrique.) ¡Bárbaros! ¡Canallas!... Veo dos coches en la parada, me acerco á uno y me dice el cochero que está tomado; voy al otro y lo mismo; pero los dos carruajes se encontraban vacíos. Sin duda se han querido burlar de nosotros. Tentaciones tuve de romper la cabeza al segundo cochero; pero no lo hice por mi mujer y mi hija.

ENRIQ. (No me engañó mi tío. Este coronel tiene un genio endiablado.)

ANAC. (Reparando en Enrique.) ¡Ah! Perdone usted. Vengo tan enfurecido...

ENRIQ. Caballero... (Saludando.)

ANAC. (Invitándole con la mano á que se siente.) Tome usted asiento. (Los dos se sientan.)

ENRIQ. Gracias. (Necesito un pretexto para hablarle de sus hazañas.)

ANAC. Aunque es la primera véz que nos vemos, celebro mucho la ocasión que me proporciona tan honroso conocimiento.

ENRIQ. Gracias.

ANAC. Los amigos de mis amigos los son míos.

ENRIQ. Gracias.

ANAC. (Ya me ha dicho tres gracias seguidas y no sé de qué hablarle.) (Alto y abanicándose con el sombrero.) Tenemos un verano calurosísimo.

ENRIQ. (Ya encontré el pretexto.) Cualquiera diría que estamos en África. Acabo de pasar por la calle de Tetuán pensando en usted.

ANAC. (¿Qué tendré yo que ver con la calle de Tetuán?)

ENRIQ. Ese nombre debe recordar á usted aquellos campos tan, tan...

ANAC. (Vamos; se trata de Cazorla.)

ENRIQ. Aquellos campos regados con sangre.

ANAC. Por allá no usamos otro abono que el estiércol.

ENRIQ. (No me entiende.) Hablo á usted del teatro de sus

campañas, de los campos donde se han recogido tan abundante cosecha de laureles.

ANAC. Yo no siembro más que trigo, cebada y escaña. Este año espero encerrar tres mil fanegas.

ENRIQ. (Levantando la voz.) Por lo visto ha debido usted comprar terrenos cerca del Serrallo.

ANAC. (Hablando más alto.) No entiendo lo que quiere usted decir.

ENRIQ. (No hay modo de entenderse con él.) (Levantando la voz.) Daría cualquier cosa por haber visto á usted impasible en medio del fuego.

ANAC. (¿Quién le habrá contado lo del fuego del monte en Cazorla?) ¿Se refiere usted al fuego del monte? Mucho nos dió que hacer, pero estuve al frente de las operaciones hasta el fin.

ENRIQ. ¡Monte Negrón! ¡Insigne victoria! ¿Las pérdidas serían grandes?

ANAC. Unas quinientas encinas y otros tantos alcornoques.

ENRIQ. (Tú sí que eres un alcornoque.) (Gritando.) Pregunto á usted si murieron muchos moros en la batalla.

ANAC. (¡Qué moros ni qué berengenas! ¡Este es el juego de los despropósitos!)

ENRIQ. (Gritando.) ¿No puede usted calcular las bajas?

ANAC. Me costó la broma cerca de mil duros.

ENRIQ. Ni usted me comprende ni yo le entiendo.

ANAC. (¡Qué has de entender, si eres más sordo que mi amigo don Antonio!)

ENRIQ. (Á gritos.) El gobierno debió dar á usted un entorchado.

ANAC. (Gritando.) ¿Para qué?

ENRIQ. (Nada: no me oye y estoy rendido de tanto gritar.)

ANAC. (Á grito pelado.) ¿Quiere usted explicarme de qué me habla?

ENRIQ. (Levantándose.) Es inútil. (¡Uf! Sudo como un pollo.)

ANAC. (Levantándose.) (Acabaré por desgañitarme. ¡Ah! ¡Qué idea!) Ahí viene mi familia; dejo á usted con ella. Volveré en seguida. (Se dirige á la puerta por donde en-

tran doña Petra y Jacinta, que ya se habrán quitado los sombreros.)

ENRIQ. (¡Respiro!)

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA PETRA y JACINTA.

ANAC. (Aparte á las mujeres.) Es sordo como un poste. Dadle conversación mientras vuelvo. (Vase.)

ENRIQ. (¡Es muy bonita la muchacha!)

PETRA. (Saludando á Enrique y en voz alta.) Beso á usted la mano.

ENRIQ. Señoras... (Saludando.)

PETRA. (Á su hija.) Sentémonos. (Á Enrique en voz alta.) No esté usted de pie. (Los tres se sientan.)

ENRIQ. (Por fin voy á tener quien me oiga.)

PETRA. Me ha dicho el criado que es usted un amigo íntimo de...

ENRIQ. (Interrumpiéndola.) Es mi tío. Yo vengo por la primera vez; pero ya tenía el gusto de conocer á esta señorita.

JACINTA. ¿Á mí?

ENRIQ. He visto á usted en la Fuente Castellana con su papá.

JACINTA. (Aparte á su madre.) ¿Cómo puede haberme visto, si no hemos ido allí todavía?

PETRA. (Alto á Enrique.) ¿Está usted seguro?

ENRIQ. La he visto pasear en un brioso corcel. Por cierto que esta señorita monta con mucha seguridad y con admirable gallardía.

JACINTA. (Esforzando la voz.) Sería otra joven parecida á mí.

ENRIQ. No es posible que concurra en otra mujer tanta belleza.

JACINTA. Usted me favorece. (Es muy amable y muy guapo este caballero.)

PETRA. (Gritando.) Parece imposible lo que acaba usted de decir.

ENRIQ. (¿Si será también sorda la mamá y no me habrá comprendido?)

PETRA. En el pueblo tenemos una tartana muy bonita para ir al cortijo del Lagarto, donde hay una hermosa huerta y muchas flores. Mi hija y yo deliramos por las flores.

ENRIQ. ¡Ha pisado usted tantas en su carrera artística!...

PETRA. (¡Mi carrera!)

ENRIQ. Siento en el alma no haber tenido la dicha de oir á usted.

PETRA. (Confiesa que es sordo. ¡Qué lástima de muchacho!)

ENRIQ. Pero cuando consiga tratar á usted con más confianza, le suplicaré que cante por lo menos una petenera.

PETRA. Está ya duro el alcacer para zampoñas. En mis tiempos...

ENRIQ. No es posible que tan pronto se hayan extinguido las maravillosas facultades, el gusto, la inspiración y el sentimiento que durante algunos años fueron admirados y aplaudidos.

PETRA. ¿De qué me habla usted?

ENRIQ. (¡Esta es una familia de sordos!) (Alto y esforzando la voz.) Me refiero á sus triunfos escénicos. Conservo una revista de Santander, donde el crítico no encuentra frases con qué describir el entusiasmo de aquel público en la noche que estrenó usted la *Traviatta*. El escenario quedó cubierto de coronas y flores; y después de terminado el espectáculo, acompañaron á usted con antorchas tocando la marcha de las idem.

PETRA. (Aparte á su hija.) ¿Qué ídem serán esas? Ya vuelve tu padre; dejaremos á este loco con él.

JACINTA. (Aparte á su madre.) Pues dice unas cosas muy bonitas.

PETRA. Caballero; siento tener que abandonarle; pero un asunto urgente... (Se levantan las dos y se despiden de Enrique con una reverencia. Este las imita. Vanse las señoras.)

ENRIQ. (¡Aquí nadie oye! ¿En qué casa me he metido?)

ESCENA X.

ENRIQUE y ANACLETO que sale con una trompetilla acústica en la mano.

ANAC. (Por fortuna he logrado encontrar en el cuarto de Antonio esta trompetilla de su uso.)

ENRIQ. (¿Otra vez el sordo mayúsculo?) (D. Anacleto enseña la trompetilla á Enrique, el cual se alegra y quiere tomarla, pero Anacleto se resiste y procura aplicársela al oído.)

ANAC. Por fin vamos á entendernos.

ENRIQ. ¡Ajajá! Venga.

ANAC. No, señor; soy yo el que necesita hablar con ella.

ENRIQ. ¡Qué disparate! Deme usted. (Después de un breve juego en que Enrique procura coger la trompetilla y la retira Anacleto, éste logra ponérsela á Enrique junto al oído.)

ANAC. (Gritando por la trompetilla.) Aquí no hay más sordo que usted.

ENRIQ. (Acudiendo con la mano á taparse el oído.) ¡Ay! Me ha roto usted el tímpano!

ANAC. (Procurando arrimarle la trompetilla.) Usted no ha tenido tímpano en toda su vida.

ENRIQ. (Arrebatándole la trompetilla.) Basta de bromas. (Arrimando la trompetilla al oído de Anacleto.) Necesito que usted me oiga y sin trompetilla es imposible.

ANAC. (Quitándole la trompetilla.) ¡Bárbaro! No soy sordo.

ENRIQ. ¡Qué terquedad!

ANAC. Á Dios gracias oigo crecer la hierba.

ENRIQ. Los alcornoques son los que usted oye crecer.

ANAC. (Hablando con la trompetilla todo lo más cerca que puede, pero sin lograr arrimársela al oído.) ¿Quiere usted decirme qué moros son esos por quien me preguntó?

ENRIQ. (Gritando.) Venga la trompetilla y se lo diré.

ANAC. (Tirando al suelo la trompetilla.) ¡Vaya al diablo! Diviértase usted solo con ella si gusta. (Vase precipitadamente.)

ESCENA XI.

ENRIQUE, á poco SEBASTIANA y el CONDE.

ENRIQ. ¡Qué familia! ¡Qué familia! Si tuviera que vivir con ellos llegaría á quedarme sordo y mudo; pero no me casaré con la niña aunque tenga que pedir limosna.

SEBAST. (Hablando con el Conde.) Espere usted en esta sala mientras aviso al señor. (Vase.)

ENRIQ. (Viendo á su tío.) ¡Tío! No esperaba ver á usted por aquí.

CONDE. Después que saliste de casa he juzgado conveniente anunciar á esta familia tu presentación. Por lo visto, llego á tiempo.

ENRIQ. No, señor; ya hice mi visita.

CONDE. ¿Y qué tal? Te habrán recibido...

ENRIQ. Me han recibido; pero no me han escuchado.

CONDE. ¿Cómo es eso?

ENRIQ. Porque el padre, la madre y la hija son á cual más sordo.

CONDE. Don Antonio lo es bastante, y ya te lo dige; pero los demás...

ENRIQ. Repito que los tres. Y es lástima, porque la niña me agrada mucho. Una rubia muy graciosa.

CONDE. Una morena, querrás decir.

ENRIQ. No, señor; rubia.

CONDE. Morena y muy morena. ¿Si lo sabré yo, que la he visto tantísimas veces?

ENRIQ. Será del color que usted quiera; pero oye poco, su madre menos, y su padre nada absolutamente. He creido que me volvian loco, y renuncio á la boda.

CONDE. Lo que me cuentas es inexplicable. Yo veré á Antonio y sáldremos de dudas. Entre tanto, espérame abajo en el coche que está á la puerta.

ENRIQ. No tarde usted mucho.

CONDE. Es preciso que me esperes para terminar el asunto.

ENRIQ. Pues voy; pero présteme usted dos mil reales para que se me haga el tiempo más corto.

CONDE. Ya te contentarás con la cuarta parte.

ENRIQ. No, señor; pero me resigno y le aguardaré, confiando en su palabra. (Vase.)

ESCENA XII.

EL CONDE y D. ANACLETO.

CONDE. Necesito casarle á toda costa, aun cuando para ello tenga que darle un capitalito algo decente, pues me cuestan más caras sus diarias socaliñas. (Viendo entrar á D. Anacleto.) ¿Quién será este señor?

ANAC. Caballero...

CONDE. Busco á don Antonio Puertacerrada.

ANAC. Mi amigo don Antonio se fué con su familia á veranear, y ha tenido la fineza de cederme su habitación para que la ocupe los pocos días que vamos á permanecer en Madrid.

CONDE. Ignoraba la ausencia de Antonio, y...

ANAC. Soy Anacleto Esparraguera, natural y propietario de Cazorla.

CONDE. Celebro conocer á usted personalmente. Nuestro común amigo don Antonio se deshace en elogios cuando me habla de usted, ponderando sus riquezas y grandes conocimientos en agricultura.

ANAC. El oficio hace maestros.

CONDE. ¿Ha venido usted á echar una canilla al aire?

ANAC. Con mi mujer y mi hija.

CONDE. ¿Entonces son ustedes los que acaban de recibir á mi sobrino?

ANAC. ¿Un joven sordo?

CONDE. No es sordo; pero ha creído que usted y su familia lo eran.

ANAC. ¿Es posible?

CONDE. Mi sobrino ha venido por primera vez á esta casa, sa-

biendo la sordera de don Antonio; no le conocía, y ha tomado á usted por nuestro amigo.

ANAC. ¡Ah! vamos, ahora comprendo.

CONDE. ¿Su hija de usted es única?

ANAC. Sí, señor.

CONDE. Á mi sobrino le ha parecido muy hermosa y está enamorado de ella.

ANAC. Dicen que se parece á mí.

CONDE. ¿Piensa usted casarla?

ANAC. Si ella quiere.

CONDE. Pues le pido á usted su mano para mi sobrino el Vizconde de las Doce Cuevas.

ANAC. ¡Cáspita!

CONDE. ¿Qué me responde usted?

ANAC. La cosa es demasiado grave para decidir, así, de repente. Aún no tengo la honra de saber con quién estoy hablando.

CONDE. Con el Conde del Picacho de Veleta; y daré á mi sobrino, por el pronto, cincuenta mil reales de renta anual.

ANAC. (¡Un conde!) Más puedo yo dar á mi hija. Pero esto es un escopetazo y los chicos apenas se conocen.

CONDE. Consulte usted la voluntad de su hija y dentro de cinco minutos estaré de vuelta con mi sobrino.

ANAC. (Con alegría.) (¡Un conde!...) ¿Cinco minutos nada más?

CONDE. Menos tiempo necesita el telégrafo para dar la vuelta al mundo. (Vase.)

ESCENA XIII.

ANACLETO, después PETRA y JACINTA.

ANAC. (Estupefacto.) Me parece buena boda; pero desearía tratarla más despacio. ¡Qué diantre! ¡En menos de cinco minutos da el telégrafo la vuelta al mundo! ¡Cuánto saben los madrileños! (Llamando.) Petra... Jacinta... (Entran las dos.)

PETRA. ¿Qué pasa?

ANAC. Que el Conde del Picacho de Veleta, tío del joven que antes estuvo aquí, me acaba de pedir la mano de nuestra Jacinta para su sobrino. (Jacinta se sorprende y alegra.)

PETRA. ¿Es rico ese joven?

ANAC. Espera heredar el título y los bienes de su tío.

PETRA. Pues concedida.

ANAC. Y tú, niña, ¿qué dices?

JACINTA. Que me parece guapo. ¡Lástima que sea sordo!

ANAC. No hay tal cosa; oye muy bien. Hemos padecido un error, á causa de ciertas equivocaciones que os explicaré más tarde.

PETRA. (Con alegría,) ¡Voy á ser condesa madre del Picacho de Veleta! ¡Del título más elevado que hay en España!

JACINTA. Aunque fuera sordo ese joven me casaría con él por vivir en Madrid.

ESCENA XIV.

DIDHOS, el CONDE y ENRIQUE.

ANAC. (Viéndolos entrar.) Señor Conde, si el telégrafo da la vuelta al mundo en menos de cinco minutos, yo he arreglado una boda en menos de cuatro.

CONDE. ¿Es decir que acceden ustedes á mi pretensión?

PETRA. Tenemos esa honra.

CONDE. Los honrados somos nosotros.

ENRIQ. (Chillando.) Digo lo que mi tío. (Todos se tapan los oídos.) Ustedes dispensen; la costumbre...

PETRA. (Á su hija.) ¡Todo un vizconde de las Cuevas!

ENRIQ. De las doce Cuevas.

JACINTA. ¡Cuántas! ¿Y dónde las tiene usted?

ENRIQ. En las faldas del Picacho de Veleta.

CONDE. ¿Cuándo podrá efectuarse la boda?

PETRA. Cuando se termine el equipo de la novia. Las modistas no dan la vuelta á sus vestidos en cinco minutos.

ANAC. Bueno es que los novios se traten algunos días antes de casarse.

ENRIQ. Ya nos conoceremos después.

JACINTA. (Mirándole con rubor.) ¡Qué cosas tan ingeniosas dicen estos madrileños!

PETRA. Prevengo á usted que mi hija es muy voluntariosa.

ENRIQ. Y yo muy complaciente. (Con dinero ajeno.)

ANAC. Es verdad, cuando mi Jacinta empieza á pedir...

ENRIQ. (Me haré el sordo.)

ANAC.
En esta boda se luce
mi telegráfica chispa;
mas el cuerpo se me crispa
al pensar si habrá algún cruce.

ENRIQ.
Eso queda á mi cuidado,
y lo evitaré si puedo.
Solamente me da miedo
el público desagrado.

ANAC. (Al público.)
Si este juguete ligero,
escrito sin pretensión,
no es digno de aprobación,
que nos perdones espero.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martín, 2; de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12; y de *González é hijos*, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administración.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS**. PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*; Praça de D. Pedro. **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, **PORTO**. ITALIA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.